
SEÑAL MEMORIA

9 de mayo de 1958

Presidente de la República

Alberto Lleras Camargo

«Las Fuerzas Armadas».

Alocución ante los jefes y oficiales de las Fuerzas Armadas.

Ministro de Guerra, señores Jefes y Oficiales de las Fuerzas Armadas:

Esta entrevista entre ustedes y yo —para mí gratisima— tiene una importancia muy grande para Colombia. Este acto es histórico, aunque sea, como yo lo quiero y lo he pedido a los jefes militares, privado. Y es histórico no porque ustedes y yo seamos seres excepcionales que hacen historia con cada movimiento o cada palabra, sino porque ustedes y yo representamos en este momento cosas esenciales de la república, que, si son claras para todos nosotros, pueden traer al país una época de paz y de bienestar; y que si no las entendemos bien y no las aprecian con igual claridad todos nuestros compatriotas, seguirán siendo el origen de perturbaciones y dificultades innumerables.

¿Qué son ustedes y qué representan? Yo creo saberlo, y si no lo supiera sin equívocos ni dudas tengan ustedes la certidumbre de que no estaría hoy hablándoles aquí, en la condición en que estoy.

Claro que todos sabemos que ustedes son las fuerzas armadas de Colombia. Pero para muchos de nuestros compatriotas y tal vez para algunos de ustedes el concepto de fuerzas armadas está ligado a circunstancias cambiantes, a lo que hoy son, a lo que hoy representan, a los sufrimientos presentes, a las glorias inmediatas o un poco más lejanas. Pero yo soy muy adicto a ir a los orígenes de las cosas porque sólo en ellos se descubre su exacto sentido. La humanidad es por fortuna muy vieja, y si recorremos su paso por el planeta, hacia atrás, hasta sus orígenes más remotos, o hasta donde se conocen, al menos, descubrimos con asombrosa facilidad por qué estamos aquí reunidos, por qué hay un grupo de cuarteles en este cantón, por qué hay diversidad de armas y de servicios, por qué, en fin, hay gentes armadas dentro de una sociedad que teóricamente al menos debiera andar desarmada.

Los primeros pueblos, las primeras tribus que se organizaron como un rudimento de nación no tenían ejércitos, porque eran un ejército. Ejército ambulante en las tribus nómadas, ejército parapetado y defensivo en aquellas que se fueron estableciendo con el ánimo de sembrar, cultivar, recoger cosechas. Aún los campesinos eran parte de las milicias. Los jefes de Estado, si así pudieran llamarse, o lo que hoy corresponde a ellos, eran los jefes de las milicias. Eran los más fuertes, los que golpeaban mejor con la maza, los más astutos, los más desconfiados. Ninguno murió en su cama porque no había cama, y porque además la transmisión de mando se hacía de la manera más ejecutiva: se le cortaba al jefe la cabeza y se le ponía el casco de crines a otro, generalmente al asesino.

También en esas primeras sociedades todos los ciudadanos gobernaban directamente. Como se trataba de unas tres centenas de seres, o en las primeras ciudades, de seis a siete mil, cada vez que había un problema público, una guerra con el vecino, la construcción de un acueducto, la necesidad de pagar un impuesto en toros, ovejas, mujeres o caballos, se tocaba un cuerno, y la gente toda se reunía en asamblea y votaba. Así se elegían los jefes. Así se elegían los sacerdotes. Así se ordenaba ajusticiar a los ladrones. Así se dictaban las primeras leyes civiles, penales, administrativas.

Pero los grupos humanos comenzaron a convivir, a comerciar unas tribus con otras, o la misma expansión militar de una comunidad guerrera sobre su vecina hizo crecer esas pequeñas sociedades. Se sembró más, se produjeron más artefactos, y se traficaba por vías terrestres, fluviales y marítimas con gentes apartadas. Entonces se vio la necesidad de que no todos fueran guerreros y que los guerreros fueran menos, pero más capaces, para suplir la deficiencia del número. De ahí, a los ejércitos de Federico Guillermo de Prusia, de Federico el Grande o de Napoleón, la evolución es continua hacia la nación más grande y desarmada, hacia el

ejército más pequeño en relación con la nación, fuertemente armado y eficaz para su función ofensiva y defensiva. Podemos dar ese salto de siete u ocho mil años porque hemos encontrado el origen de las fuerzas armadas, y todo lo que en ese tiempo ocurre es refinamiento y desarrollo del concepto primitivo.

Entonces, lo que acontece es que la nación, o la comunidad, a medida que se hace más culta y compleja, tiene que ocuparse en muchas cosas distintas de andar a golpes y porrazos con el vecino y con el extranjero. Pero como nadie está exento de que, aunque no lo quiera, el extranjero invada su territorio, tome sus cosechas, se lleve las mujeres y haga esclavos a sus hijos, ni menos aún de que el propio vecino no le resulte incómodo y pendenciero, hay que armarse. Claro que si todos se arman, lo mismo los pillos que los santos, habrá una batalla diaria, en cada camino, en cada campo, en cada casa. Hay que armar a un grupo de ciudadanos, los mejores, los más rectos, los más justos y dejarles a ellos que establezcan el equilibrio cuando sea menester.

Pero hay dificultad en ese proceso: no puede un hombre saber todas las leyes, conocer los antecedentes y doctrinas sobre propiedad, sobre relaciones civiles, sobre penas, y al mismo tiempo manejar bien las armas y estar listo para combatir con un enemigo externo. Los ancianos saben lo que ha pasado, han estudiado las costumbres y son capaces de hacer las leyes, pero no pueden combatir. Va apareciendo ya la necesidad de dividir ese trabajo y de que alguien legisle, es decir, que haga las leyes, alguien que diga cómo se aplican en cada caso, alguien que las haga cumplir, alguien, en fin, que ponga la fuerza al servicio de la ley desamparada e inerme.

Con la civilización creciente, los nuevos artefactos, las nuevas armas, el oficio de la defensa de las fronteras y del orden en naciones muy complejas y pobladas se hace, a su vez, muy arduo. Ya no se puede contratar mercenarios como en las ciudades italianas, para que combatan y mueran mientras la gente dentro de las murallas hace negocios y se divierte. Porque los mercenarios venden su fuerza, y no tienen afección por la ciudad a que sirven. Aparece el servicio militar que Maquiavelo y César Borgia aconsejan, adivinan y practican. Ese servicio es el ejército nacional, arrancado del pueblo, movido por un interés superior, por una idea más alta, por un sentimiento más ambicioso que el de la simple defensa primitiva. La patria está en marcha. Los Estados nacionales y nacionalistas comienzan a formarse. Y ya estamos en nuestro tiempo.

Los ejércitos vienen a ser entonces el más alto, puro, noble servicio nacional. No se entra a ellos por la paga, ni por ningún estímulo pequeño, sino porque se va a servir, de la manera más peligrosa, y porque se va

a vivir en función de gloria, con una constante perspectiva de muerte. ¿Para qué? Para que los demás vivan en paz, siembren, produzcan, duerman tranquilos, y sus hijos y los hijos de sus hijos sientan que la patria es un sitio amable y bien guardado.

Es el oficio más abnegado, porque no espera compensaciones inmediatas ni reconocimiento ininterrumpido. La mayor parte del tiempo la fuerza armada no hace sino estar, existir, precaver, con su sola presencia, que no ocurra nada malo, ni invasiones, ni asaltos, ni guerras. Pero si algo ocurre, y hasta ahora siempre ha ocurrido, el soldado tiene que ir a poner el pecho para defender a los que están detrás de él. Semejante tarea sólo tiene paralelo, menos en el peligro, con las vidas maceradas de los monjes y de los santos.

Por eso se rodea de ciertos privilegios, honras, fueros que no tienen los demás ciudadanos comunes. Por eso, y porque además esos atributos son absolutamente indispensables. La educación del que comanda gentes de armas es excepcional, como lo es, en menor grado, la del soldado. Nada de lo que ocurre en las unidades militares deja de tener sentido. Todo es preparación constante para el minuto de riesgo y de muerte. En cambio la educación de los paisanos es para la paz, el disentimiento, la controversia, el trabajo sin riesgos, y no es necesaria una disciplina tan rígida. Obedecer es fundamental, básico, insustituible en la unidad armada, porque cuando se está ante la muerte o en la batalla, discutir es perder la empresa.

Es muy peligroso que se desobedezca una orden, que, por insensata que parezca, ejecutada por cien o mil hombres con rigurosa disciplina puede conducir a la victoria o minimizar el desastre. La acción guerrera necesita rapidez, unidad, decisión inmediata, y todo eso no da tiempo para juzgar todos los aspectos de la cuestión. La preparación militar requiere, pues, que el que dé las órdenes haya aprendido a darlas sin vacilar, y tenga, hasta donde es posible, todo previsto, y que el que las recibe las ejecute sin dudas ni controversias. Exactamente al revés de la sociedad civil, que tiene la única garantía de su libertad y de su acierto en que haya tiempo para discutir, para oír opiniones y para discrepar. El peligro es el factor que hace toda la diferencia entre la una y la otra.

Lo primero que se aprende al llegar a un ejército moderno es que cada uno de sus cuerpos tiene una misión, un cometido, una capacidad y un oficio diferente. La preparación para una unidad blindada no forma automáticamente un artillero, ni un operario de comunicaciones puede servir eficazmente en una patrulla de infantería. Si eso es así dentro de los cuarteles, cómo no lo será dentro de la sociedad civil, complejísima, que no tiene vínculo alguno entre sí, sino el del territorio.

Por eso las escuelas civiles, como las militares, preparan gentes para todos los oficios y profesiones. Cada una tiene su ética, tiene sus reglas, tiene su sistema. No es lo mismo mandar en una universidad que en un regimiento. Toda la vida de ustedes ha estado dedicada a aprender a obedecer y, como consecuencia, a saber mandar, cuando le llegue su tiempo, pero a mandar personas que no deliberan sobre sus órdenes ni las discuten. Es un ejercicio radicalmente distinto del mando en la vida civil. Si yo pretendiera mandar una unidad mínima de caballería, que es mi arma, puesto que tengo el privilegio de ser coronel honorario de la escuela, entraría inmediatamente a discutir con los oficiales y la tropa, a consultar su opinión, a cavilar, a tratar de poner a todo el mundo de acuerdo, y aun a adivinar los intereses y sentimientos de los caballos.

No lograría hacer avanzar dos kilómetros a mi unidad. Pero si se trata de poner gentes de acuerdo, no sometidas a ninguna disciplina, acostumbradas a concebir diferentes maneras de hacer las cosas, con capacidad para hacerlas por su cuenta, sin mi consentimiento, probablemente, como se ha visto en estos últimos años, podría lograr algunos resultados. Hemos sido educados para funciones diferentes, y para distintas maneras de servicio. Esto es todo. El de ustedes es más peligroso, y allí reside su nobleza.

La política es el arte de la controversia, por excelencia. La milicia, el de la disciplina. Cuando las fuerzas armadas entran a la política lo primero que se quebranta es su unidad, porque se abre la controversia en sus filas. El mantenerlas apartadas de la deliberación pública no es un capricho de la Constitución, sino una necesidad de su función. Si entran a deliberar, entran armadas. No hay mucho peligro en las controversias civiles, cuando la gente está desarmada. Pero si alguien tiene a sus órdenes, para resolver la disputa, cuando ya carezca de argumentos o pierda la paciencia, una ametralladora, un fusil, una compañía, o las fuerzas armadas, irá a todos los extremos, se volverá más violento, será irrazonable, no buscará el entendimiento sino el aplastamiento, y todo acabará en una batalla.

Por eso las fuerzas armadas no deben deliberar, no deben ser deliberantes en política. Porque han sido creadas por toda la nación, porque la nación entera, sin excepciones de grupo, ni de partido, ni de color, ni de creencias religiosas, sino el pueblo como masa global, les ha dado las armas, les ha dado el poder físico con el encargo de defender sus intereses comunes, les ha tributado los soldados, les ha dado fueros, les ha liberado de las reglas que rigen la vida de los civiles, les ha otorgado el privilegio natural de que sean gentes cuyas quienes juzguen su conducta, y todo ello con una condición: la de que no entren con todo su peso y su fuerza a caer sobre unos ciudadanos inocentes, por

cuenta de los otros. Además, esa condición es indispensable, porque si las fuerzas armadas tienen que representar a la nación ante presuntos enemigos exteriores, necesitan de todo el pueblo, del afecto nacional, del respeto colectivo, y no lo podrían conservar sino permaneciendo ajenas a las pugnas civiles.

Las fuerzas armadas no pueden, pues, tener partido. En cambio, una sociedad civil sin partidos no existe, ni puede operar una democracia sin ellos. Todo el mundo tiene un concepto sobre lo que debe hacerse en el gobierno. Esos conceptos no pueden prevalecer todos en el gobierno, puesto que son contradictorios. Haciendo un promedio entre ellos, concesiones y transacciones, las gentes se aglomeran en partidos, y con ellos gobiernan, o con ellos se oponen al gobierno.

El partido, así concebido, es un canal de opinión, y no es ilícito, sino conveniente, que la opinión cambie de canales, que engruese uno cuando quiere ir hacia cierto rumbo y que lo abandone cuando se convence de que un determinado rumbo está equivocado. Los partidos colombianos no han sido así y por eso no han cumplido su función plena, ni han sido siempre los agentes de la cultura y de la civilización políticas. Por eso no ha sido posible que, al restablecerse su acción, se entre a la disputa sin límites por el poder público.

Y por eso estamos en este ensayo que los obliga a entenderse, a gobernar conjuntamente y les impide gobernar si no hay acuerdo entre ellos. Es un experimento difícil, es una reeducación de las gentes colombianas para la convivencia pacífica, pero es también el último recurso que tenemos para volver a la sensatez. Todos los demás sistemas han fracasado. Este es probablemente uno de los últimos. Si Colombia no aprende a vivir en paz en estos próximos dieciséis años el problema no será si debe haber otra forma de gobierno, monarquía, dictadura, totalitarismo, juntas, sino el de si no va a disolverse la nacionalidad misma, en la anarquía, en el cansancio, en la decepción, en la miseria.

Si las fuerzas armadas entran a la política y a la dirección del gobierno, entran inevitablemente en la disputa sobre si el gobierno es bueno o malo. Inmediatamente se forma un partido, el suyo, y otro, el adversario del gobierno. Dividen a la nación, en vez de unificarla. Es que aun con las mejores intenciones, no se puede gobernar al gusto de todos. Eso es contrario a la naturaleza de las cosas. Y el desprestigio que cae sobre todo gobierno no puede caer sobre una institución armada, sin destruirla. Si los Jefes deliberan en la plaza pública, dan opiniones sobre materias ajenas a la milicia, sufren equivocaciones, se enredan en los inevitables líos de gobernar, los oficiales subalternos se sentirán obligados a discutir su conducta, que ya escapa a la disciplina del oficio, y hasta los soldados entrarán en la controversia. Ejércitos, armadas, fuer-

zas aéreas, fuerzas policiales, sometidas a ese tratamiento, se anarquizan y se desbaratan.

Porque así entiendo yo las funciones de gobierno y las de las fuerzas armadas, no he querido jamás que se confundan ni entreveren. Colombia, como toda nación, pero en este momento más que cualquiera otro necesita tanto de un buen gobierno como de unas fuerzas armadas poderosas, no sólo por su capacidad física de defensa, sino por el respeto y el amor que el pueblo les profese. Yo no quiero que las fuerzas armadas decidan cómo se debe gobernar a la nación, en vez de que lo decida el pueblo, pero no quiero, en manera alguna, que los políticos decidan cómo se deben manejar las fuerzas armadas, en su función técnica, en su disciplina, en sus reglamentos, en su personal.

Esas dos invasiones son funestas, pero en ambos casos salen perdiendo las fuerzas armadas. La política mina la moral y la disciplina de las fuerzas armadas. Las fuerzas armadas, al transgredir el límite de sus funciones, entran a la política, y la dañan. La dañan simplemente porque nadie las invita a entrar a la política sino con el ánimo de que echen bala por su cuenta, pongan los muertos, destruyan a sus enemigos y defiendan intereses ajenos a las conveniencias generales de la república. Al término de estas extralimitaciones, las fuerzas armadas regresan a su oficio primitivo rodeadas de adversarios, sin prestigio, sin gloria, y sin amigos.

Porque entiendo así las cosas jamás he pensado que las fuerzas armadas juzguen que es una conducta inamistosa mi oposición a que sean cosa distinta de lo que deben ser, tal vez soy yo uno de los colombianos vivos que más ha escrito, hablado y pensado sobre la misión de las fuerzas armadas, y desafío a cualquiera que encuentre una sola línea, una sola palabra, una sola expresión de las emitidas en treinta años de vida pública que sea, no digo hostil, pero siquiera crítica para las instituciones armadas de Colombia.

Ni aun en los días de combate político legítimo contra el gobierno personal de un jefe militar, hay un solo instante en que no estableciera el necesario divorcio para mí clarísimo, entre los institutos militares, sujetos a la disciplina, y el Jefe de un gobierno, capaz, como todos, de cometer errores, faltas y abusos. Expliqué entonces muy bien a la opinión pública cómo era un imposible jurídico, moral, físico que se pudiera gobernar a nombre y en representación de las fuerzas armadas, y que ellas gobernarán en realidad, si su misma estructura interna impide que deliberen, y que discutan, y que asuman responsabilidades diferentes de las que sus reglamentos les indican estrictamente, en cada escala de la jerarquía, desde el Jefe hasta el cabo.

Pretender que las fuerzas armadas estaban gobernando cuando se hacían nombramientos, cuando se de-

cretaba sobre todo, cuando se contrataba, cuando se determinaba sobre la vida civil, cuando se disponía sin restricción alguna de la suerte de trece millones de colombianos, era pretender lo imposible, lo inverosímil. Tuve dos empeños en esas campañas: que hubiera en la mente pública una clarísima distinción entre el presidente, su gobierno y sus actos; y las fuerzas armadas; y luego que no hubiera conspiración, ni indisciplina, ni insubordinación, ni entendimiento entre civiles y militares para derrocar el gobierno, sino que se mantuviera, al llegar la inevitable crisis, la unidad total de las fuerzas armadas, para impedir su destrucción y para que no cayera ninguna mancha sobre su prestigio.

Ambas cosas se lograron y estoy orgulloso de que lo hubieran logrado. La verdad es que un año después de esos días difíciles, el pueblo respeta más sus instituciones armadas, las aprecia, sabe que las necesita y confía en ellas. Eso vale para Colombia más que su café, su petróleo, su oro, su platino, sus recursos conocidos y todavía desconocidos. Pero hoy más que nunca. Porque vamos a atravesar días muy difíciles, de escasez, de inconformidad, de sufrimientos, de restricciones, y si hubiera unas fuerzas armadas divididas o desprestigiadas, nadie sabe lo que sería de Colombia.

Miremos fría y analíticamente la realidad colombiana. ¿Hay alguno de ustedes que crea que este país puede manejarse en los tiempos venideros con un sistema diferente del que hemos propuesto? Hemos tenido en el país en los últimos años, gobiernos de un solo partido, y han fracasado. Gobiernos de estado de sitio, y han fracasado. Gobiernos, de hegemonía política, y han fracasado. Gobiernos de dictadura, y han fracasado. Todos han tenido el apoyo leal de las fuerzas armadas al gobierno constituido. Y no ha sido bastante. Quienes proponen volver a lo que había y a lo que fracasó y piden clandestinamente el apoyo de las fuerzas armadas para esa empresa están proponiendo una aventura para quince días, para un mes, para un par de meses, porque no puede durar más.

Y en cambio de ese mes, de esos dos meses, están dispuestos a arruinar definitivamente en el mundo el prestigio de Colombia, su crédito, sus posibilidades de inversión extranjera en nuestros negocios, sus eventualidades de prosperidad, e inclusive —sin ninguna exageración— a comprometer hasta la industria fundamental de Colombia; porque en el Estado en que hoy se encuentra en los mercados mundiales el precio del café, un desorden más en el segundo país productor del grano, una crisis política más, un golpe de Estado, puede ser lo que hace falta para que perdido el control delicado de la política cafetera internacional se precipitan al mercado las acumulaciones que vienen haciendo catorce naciones cafeteras para sostener el precio, y venga la crisis que hasta hoy ha logrado contenerse.

Hace tiempo dije que el país era un convaleciente y que había que tratarlo así; con cuidado, con tacto, procurando no golpearle los nervios, tratando de que no se abran otra vez las heridas, manteniéndolo hasta donde sea posible libre de agitaciones y esfuerzos violentos. Esto no es una figura retórica. Es la verdad. Hay en Colombia una crisis social tremenda. Se han perdido las nociones fundamentales de la vida cristiana y aun de la más elemental vida social. Hay miseria, cada día mayor porque no hay seguridad en los campos, porque el consumo baja, porque la producción no encuentra mercados amplios y porque además, no hay dólares para comprar las máquinas, los repuestos, los transportes, los elementos indispensables para mantener la economía, no ya en progreso, sino en un ritmo abajo de lo normal.

Llevamos casi diez años de asesinarlos, de combatir sin decisiones últimas, de que mueran soldados, sub-castrenses oficiales, oficiales de todas las armas, y millares de campesinos de todos los partidos y sin partido alguno. Se roba impunemente. Las gentes pierden sus propiedades, sus cosechas, su seguridad, y sobre todo su esperanza. Nadie cree en nadie. Todos desconfían de todos. El país es muy rico y su economía es intrínsecamente muy fuerte, y por eso todavía hay gentes que prosperan y se enriquecen.

Pero se está cavando un abismo tremendo entre los que no tienen amparo alguno y los que negocian y viven amparados. Entre la mayoría de los colombianos y la minoría. ¿Cuánto puede durar ese desequilibrio? No lo sé, pero no ha de ser mucho, si no nos dedicamos todos a restablecer la justicia, el orden, la paz, la seguridad. Y se nos propone como remedio prolongar indefinidamente la guerra civil. No. Hay que hacer la concordia y la convivencia, por encima de toda otra consideración. Hay que poner el gobierno por encima de las luchas de partido. Hay que poner las fuerzas armadas por encima de las luchas de partido. Hay que dejar la Iglesia por encima de las luchas de partido. Hay que impedir que haya luchas de partido. Hay que dar a los partidos la responsabilidad de gobernar, sin darles la oportunidad de que el uno despedace y persiga al otro.

Hasta las palabrotas, no digo ya las acciones, deben ser en este tiempo cautelosas, tranquilas, pacíficas. Cuentan que en los ventisqueros alpinos cuando se presiente una avalancha hay momentos en que los exploradores de las alturas temen hasta respirar fuerte y vigilan aterrados el ruido mismo de su corazón agitado, porque saben que un sonido mínimo puede desatar la catástrofe. Así estamos los colombianos. Y se nos ofrecen, en cambio, todos los días, batallas, agitaciones, conspiraciones, actos de fuerza, gritos, amenazas.

La nación, que tiene intuiciones tremendas, no ha depositado su confianza en mí por ninguna otra razón

sino porque no ha oído de mis labios en todo este tiempo una sola invocación a la locura, ni una palabra que no invite a la paz. Y eso es lo que quiere, honda, firmemente, en cualquier parte que se ausculte su pensamiento. Pregunten ustedes a sus compañeros de armas, a los del Tolima, a los del Valle, a los de los Santanderes, a los del Cauca y Huila, a cualquiera de ellos, a los que ya estuvieron en campaña absurda contra la emboscada y el invisible enemigo acechante, si quieren paz o más acción estéril, pregúntenlo a las madres, a las esposas, a las hijas de los oficiales y soldados que no han vuelto a vivir con ellos; pregunten a sus vecinos, a cualquiera, en la calle o en el sendero campesino; pregunten a los mismos prisioneros de las guerrillas, a cualquier colombiano si quiere seguir de aventura en aventura, de rigor en rigor, sin saber cada noche qué infortunio nos deparará la mañana siguiente. Por eso el frente nacional, que no es sino una sola palabra: paz, recibe el voto del pueblo, ciega, desesperadamente.

Yo he asumido una responsabilidad casi inconmensurable. No la puedo sobrellevar solo. Pero sé que no voy a estar solo. Por eso la he aceptado. Sé que los dos partidos políticos van a asumirla conmigo, porque así está ordenado por la Constitución, y porque no ahorraré esfuerzo alguno para que así ocurra. Sé que el pueblo tiene confianza en la política que le hemos propuesto y que ha refrendado con sus votos. Pero sobre todo, sé que las fuerzas armadas, en quienes voy a depositar la totalidad de mi confianza, sin una sola restricción, ni siquiera de pensamiento, van a ofrecerme toda la colaboración que el gobierno necesite de ellas.

Lo sé, no sólo porque sus juramentos las obliguen, ni su honor se lo indique, sino porque no voy a pedirles cosa alguna que no sea de indiscutible, inobjetable conveniencia para la nación, y nada que no esté dentro de su función, dentro de su deber, dentro de su servicio. Yo no voy a pedirles que apoyen a un partido contra el otro; que combatan contra otros colombianos para defender intereses sectarios; que me ofrezcan adhesión política ni me otorguen lealtad para actos indebidos; ni mucho menos que los institutos armados se conviertan en la guardia de confianza de un grupo o de una persona; ni que para asegurar esa confianza se trastornen los reglamentos, se remueva el personal, se pase por sobre el escalafón, se ascienda, se posponga, se destine o se llame a calificar servicios a ningún miembro de las fuerzas armadas.

La política no va a entrar a los cuerpos de la defensa nacional, de eso pueden ustedes estar seguros. Ninguna razón, ninguna presión me obligaría a contrariar lo que yo entiendo como la salvaguardia de la paz y la garantía de que la república esté bien defendida, es decir, la imparcialidad, la neutralidad política de las fuerzas armadas. Yo no voy a preguntar en los próximos cuatro años, como no lo hice nunca, cuál es la fi-

liación, o el origen, o la convicción política íntima de ningún miembro de las fuerzas armadas.

Voy a depositar la totalidad de mi confianza y la seguridad del gobierno en las fuerzas armadas tal como las reciba en el momento solemne en que llegue a ser su Comandante, por mandato de la Constitución. En todas ellas, por igual, en todos sus miembros por igual. No voy a jugar ajedrez con las posiciones militares, ni a permitir que nadie juegue a mi nombre con ellas. Los Comandos de las fuerzas armadas, a los cuales se llegue por mérito militar, por antigüedad, por el camino de los reglamentos y por el juicio y calificación de los jefes superiores, van a responder ante el país y ante mí por la institución, por su función, por su misión. Y me anticipo a anunciar que jamás habrán sido más responsables, porque no tendrán un solo pretexto ni una sola disculpa en la conducta del gobierno para no cumplir con sus obligaciones.

Si el ejército, la marina, la aviación, la policía se engrandecen, como yo creo que ocurrirá, si se hacen más dignas de la admiración y el respeto de los colombianos, será porque han adquirido por sí solas ese título, sin presión, ni intriga, ni obstáculos por parte del gobierno. Si fallan, será su sola culpa. Así entiendo yo el gran contrato de recíproco respeto entre el gobierno civil y las fuerzas armadas. No voy a pedirles nada que no esté escrito en la Constitución y las leyes. No me podrán pedir nada que no esté obligado a darles.

En toda esta larga campaña política no hay un solo oficial de las fuerzas armadas que haya oído una sola sugerencia, una petición mía de apoyo para mis intereses políticos, una sola incitación a la indisciplina, y más aún, no hay uno que pueda decir que lo he recibido o lo he buscado, pretermitiendo los conductos regulares, o confidencial, o secretamente. Lo que no hice fuera del gobierno, no voy a comenzar a hacerlo ahora, en el gobierno. En palacio no habrá intrigas militares, desde palacio no se jugará con la suerte, ni el honor, ni la carrera de ningún miembro de las fuerzas armadas. Las faltas serán juzgadas por las fuerzas armadas, como lo disponen los reglamentos y los códigos. El gobierno exigirá inflexiblemente que haya justicia, que no haya impunidad, que no haya complacencias, ni tolerancias, ni personalismos. Pero confiará a las fuerzas armadas su propio honor, su disciplina, su eficacia.

El gobierno próximo defenderá en el campo político a las fuerzas armadas contra cualquier ataque, contra todo agravio, contra toda injusticia. Ya he dicho que considero que es injusto y aberrante que mientras los civiles se perdonan, se amnistían y se abrazan, y borran todos los agravios que se hicieron, haya quienes piensen que se puede atacar a miembros de las fuerzas armadas por acciones que condujeron bajo órdenes superiores del gobierno, en condiciones tremendas de

peligro y en medio de una situación de locura y confusión colectivas.

Si hay algo que castigar, que depurar, que corregir, se castigará, se corregirá, se depurará por las propias fuerzas armadas, por su justicia, por las reglas de su disciplina excepcional y no con intervención de acciones políticas parciales y parcializadas. Y pienso así porque tengo la convicción de que todo es posible cambiarlo, alterarlo, modificarlo, suprimirlo o reorganizarlo en la acción constante de la política; pero hay instituciones que no pueden reemplazarse, que han sido creadas por la acción ordenada y paciente de millares de seres, y cuya estructura es fruto de la experiencia técnica de la humanidad y que requieren para llegar a su madurez y mayor eficacia ante todo, tiempo. Una de esas instituciones es la fuerza armada de un país.

Cuando un ejército se desorganiza, cuando sus cuadros humanos se destruyen hay que esperar diez, veinte años para volver a organizarlos. Nadie puede sustituir una educación, especializada en altísimo grado, una vida consagrada a un oficio noble y difícil, improvisando gentes o llamando voluntarios. Y qué gran crimen dejar a una nación indefensa, por una razón cualquiera mezquina, de sectarismo, de desconfianza, o por simple torpeza en el manejo de tan delicado instrumento. Ese crimen no se cometerá, ciertamente, en un gobierno presidido por mí.

Pero así como tal gobierno va a respetar en esa forma inequívoca a las fuerzas armadas, a exigir una absoluta reciprocidad de conducta en ellas, el orden constitucional, la paz, la seguridad del gobierno, la tranquilidad del pueblo van a estar, como deben, confiadas a los miembros de las fuerzas armadas. Yo seré el símbolo del pueblo inerme, que deposita la totalidad de su confianza en las fuerzas armadas. Eso debe ser el mandatario de una república. Como estoy ahora aquí, solo, entre ustedes, así estaré hasta el término de mi mandato. Esa frágil figura civil será, hasta el límite de sus capacidades y de sus energías, el símbolo de la voluntad nacional. Se puede quebrantar con un gesto, con un ademán, sin esfuerzo alguno. Pero si se quiebra, se quiebra con ella la historia de la república, la honra de las fuerzas armadas, la fe entre las gentes, y todo lo que sigue es el vacío, la fuerza, la coacción, la incertidumbre, la ley de la selva sustituyendo la ley fundamental de la nación.

Lo que vamos a hacer, de consuno las fuerzas armadas y el gobierno, es un grande, definitivo experimento de volver a vivir como en otras mejores épocas de Colombia, en paz, con seguridad, sin dolores ni crímenes. Si al término de mi gobierno, como lo es pero, se puede otra vez recorrer todos los caminos de Colombia, sin riesgo, si en cada casa vuelve a vivirse en sosiego, si nuestros compatriotas dejan de temerse y

de odiarse, si dondequiera que se vea un uniforme de los miembros de las fuerzas armadas, hay para la institución un voto de agradecimiento y un íntimo aplauso, si los diez mandamientos vuelven a regir la conciencia de nuestros compatriotas y no hay más tiros, más muertos, más asaltos, más crímenes impunes, más persecuciones, volveré aquí, adonde ustedes, a decir-

les, sin adulación ni generosidad, sino como un simple acto de justicia, que merecen bien de la patria.

Pero mi voz será ahogada por el grito clamoroso de millones de colombianos saludando con júbilo a sus compatriotas armados, que les habrán devuelto a Colombia.

